

DEMOCRACIA



GRITOS Y SUSURROS

José Luis
Gutiérrez

Un océano de demócratas

ESTA sí que ha sido la manifestación más grande jamás cantada. Los corresponsales de dos rotativos alemanes, al borde del asombro, aseguraban que nunca en Europa se había visto semejante alarde de participaciones y entusiasmos, y menos en defensa de las tan bellas palabras como la libertad, la democracia y la Constitución.

Ni la Guardia ni el ejército pudieron con el pueblo. Aquello fue una especie de magna respetuosa y disciplinada fluyendo constantemente, para solidificarse, inmovilizado desde la madrileñísima e histórica plaza de las Cortes hasta la glorieta de Embajadores.

Cerca del millón y medio de personas calculaban algunos de los convocantes, pero aquí las cifras ya no importan. Lo importante, lo emocionante, es contemplar aquel vasto océano de demócratas, en silencio, escuchar el comunicado final de labios de Rosa María Matea —que aunque es una chica encantadora y maja se podía haber sustituido por alguien de mayor solemnidad institucional, de acuerdo con los históricos momentos, como Landelino Lavilla o similar, no?—. Apenas una simple llamada a través de los altavoces sirvió para que aquel inabarcable océano humano se desvaneciera en apenas diez minutos.

Antes, los 5.000 miembros del servicio de orden fueron devorados y hubo que ampliarlos precipitadamente en 3.000 más. Aunque no hicieron falta. La corrección más exquisita presidió la gigantesca parada, en la que pudieron verse, hermanados, jóvenes de adolescentes «peceras» juntos en el aplauso a los visones de AP, en justa correspondencia al codo con codo de Manuel Fraga y Marcelino Cárdenas, sosteniendo la pancarta a la cabeza de la manifestación.

NO ha podido producirse una respuesta más inapelable y heroica que la de este gran pueblo que, firme y sereno, ante el grito: «Democracia, sí; dictadura, no», en respuesta al tremendo ultraje del lunes.

Asombrosa, apabullante contestación por otra parte, a las llamadas de algunos ancianos de espíritu que aconsejaban permanecer en casa y no manifestarse para evitar problemas.

Los representantes parlamentarios, hoy, deberán sentirse orgullosos y sobrecegados.